

SATURRARÁN 1936

Nota

Esta es una novela de ficción. Sin embargo, la mayoría de los escenarios que se describen sucedieron. En algún caso he maquillado su cronología obligado por la actividad incesante de los protagonistas. Lo aclaro porque uno de mis correctores me advirtió que algunos sucesos son inverosímiles y tuve que demostrarle que ocurrieron. Yo tampoco hubiera creído que estos hechos fueran ciertos. Desearía que no lo hubieran sido.

1. Rosa

Los faros del coche iluminaban la sinuosa y estrecha carretera que unía Deba con Motrico. En el morro estaba el termómetro que debía marcar la temperatura del agua, era un Citroën de 1932, un C-4; mi padre hacía sonar el claxon en cada curva con un botón en el centro del enorme volante de madera que él manejaba con sus grandes manos. Hacía ya cinco horas que habíamos salido de San Sebastián, y poco antes habíamos dejado en Eibar un alijo de contrabando, poca cosa: una docena de botellas de cognac y licor francés. Hablábamos poco y, según nos acercábamos a mi destino, el nudo en la garganta era más grande. El sirimiri de noviembre dificultaba la visibilidad, a pesar de los esfuerzos del limpiaparabrisas que se arrastraba lentamente por el cristal plano del coche. No queríamos llegar y, no obstante, el haz de luz alumbró con saña el cartel con su flecha hacia la derecha: *Saturrarán*.

En marzo de ese año de 1957, tan solo siete meses antes, dos sacerdotes vinieron a nuestro colegio, el Sagrado Corazón de Jesús, con el pertinaz objetivo de captar vocaciones. Se paraba la clase, se suspendían los ejercicios, se dejaba lo que estuviéramos haciendo en los pupitres de madera: era un acontecimiento. Levantábamos la tapa y metíamos los cuadernos, lápices y gomas, junto al bocadillo de la merienda. Con los brazos cruzados, apoyados sobre la mesa, y peinados con raya a la izquierda,

escuchábamos ensimismados las historias de las Misiones que ya conocíamos de otros años.

Vivíamos en un mundo extremadamente religioso, donde el ojo de Dios estaba presente en cada instante de nuestra vida, vigilante y amenazador para evitar las tentaciones. Te despertabas, igual que te acostabas, dando gracias a Dios por estar vivo; se rezaba al llegar al colegio y antes de empezar las clases. Éramos de la Congregación Mariana, aspirábamos a la Adoración Nocturna, recitábamos el Rosario y las novenas, nos confesábamos todas las semanas y comulgábamos siempre los festivos con el traje de domingo. Nadie empezaba a comer sin antes bendecir la mesa: ... *Bendícenos Señor y bendice los alimentos que vamos a tomar. Amén.*

Cualquier mal pensamiento con falda te hundía en el infierno donde ardías vivo durante toda la eternidad, mientras que los buenos vivían en plena felicidad sentados a la diestra del Señor, como los ángeles alados y asexuados. Sospechábamos que algo no estaba bien cuando las mujeres, excepto las madres, eran siempre la tentación; pero la fe podía con todo.

No es por justificarme, o sí, pero en aquel entorno tan místico los cazadores de vocaciones tenían el terreno abonado. Uno se imaginaba salvando a los niños africanos de la quema del infierno, rodeado, admirado y vitoreado por los pueblos indígenas. Pero lo mejor vendría en tu barrio, arrastrando ligeramente la sotana, sembrando el respeto de tus vecinos que correrían a besar tu mano izquierda. Y la misa, al principio de monaguillo preferido, casi cómplice del sacerdote, y, más adelante, entonando el *Corazón santo tú reinarás...*, seguido de los fieles en la procesión o desde el púlpito advirtiéndoles de

las tentaciones de la carne nunca vista. Quién podría evitar pensar en ello, estábamos envenenados.

Mi amigo Juan Ignacio y yo éramos inseparables, compartíamos canicas, chivas y tiragomas, íbamos agarrados del hombro con nuestras mochilas de cuero llenas de libros en invierno y del bañador mojado y txitxares¹ en verano. Cuando uno estaba triste, el otro lo consolaba y si su portero le había reñido, el otro meaba en su garita. Compartíamos todo, el pupitre también. Y, cómo no, las ilusiones, incluida la de ser misionero.

—¿Nos hacemos curas? —Nos preguntamos al mediodía, después de la charla del misionero, mientras caminábamos siguiendo el curso del río Uru-mea hacia casa.

—Pues nos hacemos. —Así de sencillo se pueden truncar unas vidas. Teníamos tan solo doce años.

Mi padre sacó del coche mi maleta de madera con asa y cantos metálicos, la dejó en el húmedo suelo, adoquinado blanco y negro, de la entrada del seminario de Saturrarán y, sin decir una palabra —quizás no podía— me dio un largo abrazo; no recuerdo que lo hubiera hecho así hasta entonces. Aspiré su olor a sudor que tanto me gustaba y fui incapaz de abrazarlo yo también, solo apreté tímido mi cuerpo contra el suyo dejándome hacer. Lo vi a lo lejos, en la oscuridad de la noche, agacharse para girar la manivela y arrancar. No se volvió. Tal vez no quiso que yo intuyera su pena, no mayor que la mía.

Saturrarán es un barrio de Motrico, último pueblo guipuzcoano, pegado a Ondarroa, el primer pueblo vizcaíno. Forma un pequeño valle que separa los dos territorios por el que discurre un discreto riachuelo, el Mijoa, que desemboca en el mar formando una

1 Cebo vivo

bellísima playa de arena fina y blanca. Unas rocas oscuras, de las que sobresalen dos puntas, la protegen del Norte; por el Oeste asoma el benefactor pueblo de Ondarroa, formando así una espléndida bahía. Un caserío blanco del siglo XIX, custodiado por un penacho y por la ladera del monte, le da un halo único. Es un lugar paradisíaco que puede ser pacífico o violento siguiendo los humores cambiantes del Cantábrico. Hay días en los que sus aguas azules invitan a andar sobre ellas, quietas, plácidas, cariñosas, cuando sus orillas son una línea nítida que separa la playa blanca del mar azulón. Sin embargo, cuando despierta embravecido, las enormes olas cubren su barrera de peñascos queriendo tumbarlos y el agua rabiosa entra en el valle empujando el río hacia el interior, desdibujando el contorno de la costa con una espuma luminosa; puede ser terrorífico.

Ese mágico y recóndito lugar atrajo, en la segunda mitad del siglo XIX, a la flor y nata de la aristocracia europea como pioneros del turismo costero, que entonces se denominaba baños marítimos. Tuvo dos hoteles de gran nivel: Gran Hotel de Saturrarán y el Establecimiento Marítimo Balneario Astigarraga. Después fueron ampliados con más pabellones, configurando unas instalaciones únicas en España y, posiblemente, en Europa. El inicio del siglo XX cambió la tendencia y la moda, como preámbulo de los convulsos años de conflictos sociales, huelgas, guerras, profundas crisis económicas y cambios de regímenes que se avecinaban. El nuevo rey de España, Alfonso XIII, trasladó a San Sebastián su afición a los baños marítimos y, con él, toda la aristocracia y alta burguesía abandonaron el atractivo valle.

Las magníficas instalaciones entristecieron, y entonces generaron tales pérdidas que sus propietarios

las donaron al Obispado de Vitoria como centro de formación para futuros sacerdotes. Su ruina material era tan solo el anuncio de su siniestro futuro. Pasó del lujo más fastuoso a la miseria más insospechada, de la paz más apreciada a los cuarteles más belicosos, de la música de orquestas selectas a los llantos y gritos de dolor de los nuevos residentes, de suites de la *belle époque* a húmedas celdas de tortura, de cuartel de fuerzas anticlericales a seminario, de hoteles reales y aristocráticos a cárcel de mujeres... No queda una sola piedra que sea vestigio de aquello, solo el mar sigue siendo el mismo, el único y mudo testigo. Era como si hubiera habido un conjuro para que sus descendientes pagaran los excesos de tales aristócratas mundanos, ya fueran españoles, alemanes, franceses...

En el año 1957 el seminario menor de Saturrarán no guardaba un ápice del esplendor que tuvieron aquellos edificios. Al inicio de la guerra civil española, en 1936, los pabellones fueron utilizados unos meses por el ejército republicano y por los gudarís, hasta que las tropas franquistas los empujaron a refugiarse en Bilbao. Poco después, los nacionales los utilizaron como Cárcel Nacional de Mujeres, donde se escribió una de las páginas más siniestras de la contienda. Terminada la guerra y tras la posguerra, los edificios volvieron a su función de formación de futuros sacerdotes, hasta que el declive de vocaciones obligó a cerrar las instalaciones. Finalmente fueron derruidas en 1987, después de que unas inundaciones arrasaran lo que quedaba de ellas, como si el río, con su enorme crecida, hubiera querido barrerlas. El mar tampoco las quiso y, dos veces al día, con cada marea, la ría las empujaba hacia fuera y el Cantábrico las devolvía; así hasta desgastar piedra a

piedra y convertir los restos de los inmuebles en la arena más oscura que ahora tiene la playa.

El hecho de que mi vocación tampoco fuera el sacerdocio, y de que mi estancia en el seminario no durara ni un trimestre, no me impide reconocer o recoger la magnífica labor que hacía el grupo de curas jóvenes, que formaba y cuidaba de los casi doscientos críos que allí estábamos. Eran más amigos que profesores, más colegas que confesores. Se ocupaban de los estudios, los deportes y del alma. Y si alguno estaba desorientado o desubicado, como me pasó a mí, no insistían. Te facilitaban la vuelta. Otra cosa era cómo volver a tu casa después del tinglado que tu supuesta vocación había armado en la familia, en el cole y en el barrio, así como toda la ropa teñida de negro y hasta una sotana a medida con su correspondiente banda roja, la beca. En mi caso el retorno fue aplaudido, en otros no tanto, y en algunos ni tan siquiera admitido.

A la izquierda del río, pasando un pequeño puente, y pegado a la ladera vizcaína, estuvo el Gran Hotel. En mis tiempos de seminarista se utilizaba enteramente como residencia, en la planta baja estaba, a la derecha, la capilla y, al otro lado, el enorme comedor y las cocinas; en el primer piso dormíamos en cuatro camarotes, de cincuenta niños cada uno, amén de sus duchas y servicios. Arriba, cerca del cielo, nuestros profesores y ángeles de la guarda.

Al final del río se extendía la playa, lugar de ensoñaciones, paseos, baños y juegos, y una explanada convertida en el mejor campo de fútbol del mundo, con enormes socavones, piedras y polvo que se transformaba en barro con mareas vivas. Pero nada como correr delante de las olas que rompían junto a la residencia. Cuántas veces entró la mar

en nuestro edificio, cuántas, como queriendo inspeccionar quién lo ocupaba. Vigilante, poderosa, autoritaria, amenazadora...

En otro gran edificio, enfrente del Gran Hotel, cruzando el riachuelo, dábamos las clases. Era la zona de estudio, de lectura y meditación, el lugar de trabajo, tan sagrado como la capilla. Como en cualquier colegio pero más hermanados, más compactos; esa circunstancia que solo proporciona la convivencia diaria.

En esta posguerra, de escasez y juventud, teníamos un hambre voraz. Era un éxito hallar en los guisos algo que no fuera patata. El tazón de café, achicoria, con sopas estaba hecho con leche en polvo, el pescado nos lo regalaban los pescadores de Ondarroa –fueron los protectores de Saturrarán, su generosidad sigue siendo proverbial–, y los huevos eran de patos criados en un pabellón cercano. Fue aquí donde pude descargar mi morriña, junto a los animales, cerca de la huerta.

Mi tutor, el padre Ignacio, conocedor de que mi estancia allí no se iba a prolongar mucho, era muy tolerante conmigo. Sabía que estaba triste, nostálgico y bobo. Me permitía pasar parte de los recreos ayudando a recoger huevos, dar de comer y beber a los patos, apilar cajas..., y, sobre todo, estar cerca del personaje más fantástico que jamás he conocido, se llamaba Rosa. Un lujo.

Era una mujer de mediana estatura, recia y fuerte pese a su delgadez. Me parecía mayor por su aspecto y por las canas que aclaraban ya su ondulada melena negra; la nariz aguileña le hacía la cara más estrecha, peculiar. Tenía una mirada profunda a pesar de sus verdes ojos hundidos cuyo brillo era un espejo para su interlocutor, como su alma. Llevaba su

pelo grisáceo recogido en un moño y cubierto por un pañuelo. Sus manos eran grandes y callosas, tan capaces de retorcer el cuello a diez patos seguidos como de acariciar los rosales que cultivaba en una esquina del huerto para adornar la capilla y, sobre todo, sus secretos. Fue la primera mujer que vi con pantalones, azul marino, debajo de una bata gris y un enorme delantal en el que lo mismo recogía huevos que transportaba leña.

—Ven, acompáñame —me dijo un día al cruzarme con ella en el patio de recreo. Tal vez el padre Ignacio le había pedido que me ayudara. No lo sé—. Aquí tienes los cestos, aquí la carretilla, cuidado con estos huevos; por el agua no te preocupes... —A su manera me invitaba a volver. Después del paseo triunfal por sus posesiones me ordenó que me sentara en un tronco, a su lado—. Cuéntame —me pidió queda y yo, de pronto, sin saber cómo, escupí mi ansiedad, mi tristeza, mi error, mi equivocada vocación, mi soledad..., acompañado de algún puchero, y hasta me pasé varias veces la mano por los ojos para secarlos. Nunca había hablado tanto de mis sentimientos, ni a mis padres, amigos o confesores. Me desahogué incomprensiblemente con aquella desconocida. Esa tarde y muchas más volví impaciente, al acabar la hora de estudio.

Al cabo de unas semanas y de varias charlas, nuestra amistad se tornó imprescindible para mí. Siempre sabía qué y cómo preguntarme, para que volcara mis secretos que ni yo conocía. Era como un diapasón, me daba el tono y empezaba a cantar mis alegrías y mis penas. Me vaciaba felizmente y empezaba a ver claro, después de tanta nebulosa, la salida de mi crisis de adolescente mezclada con supuestas vocaciones religiosas.

Un día me di cuenta de lo importante que era para mí esta desconocida. Me volví hacia ella como si fuera la primera vez que la veía.

—Rosa, ¿qué haces tú aquí?

—¿Cómo? ¡Qué preguntas tienes! Vivo aquí, cuidando la huerta, unos pocos animales y ayudo en lo que puedo —respondió evasiva.

—Eso ya lo sé. Me refiero a si tienes familia, de dónde vienes, quién eres... Tú sabes todo de mí y yo ni siquiera te conozco.

Sonrió con una mueca, me cogió las dos manos con las suyas callosas y, mirándome a los ojos, dijo muy claro, bajando la voz, como un murmullo:

—Te conviene no saberlo, amigo mío.

Esa frase encerraba muchos secretos pero callé y me quedé un largo rato pensativo, sin moverme, demostrando mi apoyo a lo que fuera.

—Por favor —llegué a decir.

Me escudriñó con sus ojos verdes, estudiando si debía o no contarme algo. Yo presentía que necesitaba hacerlo. Habíamos cambiado los papeles. Ahora era yo quien escuchaba.

—Estoy aquí porque quiero estar cerca de mi hijo —hizo un larga pausa mientras yo guardaba un silencio expectante—. ¿Ves aquel edificio? —Señaló el antiguo Gran Hotel Balneario, entonces Seminario Menor.

—Sí, claro —asentí.

—Es un edificio maldito, pero allí enterré a mi hijo hace muchos años y quiero estar junto a él. Eso es todo. —Tenía los ojos húmedos y le temblaban los labios. Había empequeñecido y no me atreví a abrazarla. De pronto, se sacudió su tristeza, me agarró de los hombros y me dijo—: Tú también has movido mis recuerdos. Te voy a contar una historia,

dura y complicada. Pero antes debes jurarme que guardarás el secreto. Me pondrías en peligro a mí y a cuantos sobrevivieron a ella. Y a ti también.

—Lo juro. Por supuesto que lo juro que no la contaré a nadie. Puedes confiar en mí.

Han pasado sesenta años, ¡sesenta años! Durante varias semanas me contó un interminable relato que en la posguerra franquista debía permanecer muy bien oculto, so pena de severos castigos a los dos y a todos los personajes que aún vivían.

Abandoné Saturrarán para reincorporarme a mis estudios, pero nunca perdí el contacto con Rosa, volví muchas veces a visitarla, le pedía más detalles de su historia y charlábamos como entonces. Murió Franco y el franquismo, y con ellos el temor a descubrir el secreto tan celosamente guardado. También mi amiga se fue, no sin antes librarme de mi juramento y, por el contrario, pedirme que lo contara. Yo había publicado ya mis primeros relatos.

—No sabía que eras escritor —me dijo con cierta ironía cuando le regalé un par de libros.

—Ni yo tampoco —le respondí y contestó sonriendo con los ojos medio cerrados:

—Anímate y escribe todo lo que te he contado. No sería malo —se atrevió retadora—. Ahora puedes hacerlo y no estaré para negarlo —añadió con picardía.

Tengo una deuda con Rosa a la que quiero honrar escribiendo su historia y lo voy a hacer libre de ataduras:

Lo que escribo es lo que yo interpreté, tal vez no ocurrió como ella lo contó ni yo lo entendí como ella lo dijo, esto es lo que todavía recuerdo: